

INTRODUCCIÓN A LAS DINÁMICAS PSÍQUICAS DE LA RECONCILIACIÓN Y LOS CONFLICTOS LATINOAMERICANOS¹

ASIER MORALES RASQUIN²

Todo demagogo se aprovecha de esta debilidad humana, señalando, con tantos gritos como puede, que las cosas *de fuera* no son como deberían. Pero lo que, primordialmente y de modo totalmente decisivo, no está en orden es *el hombre* (Jung, 2001, p. 208).

Ahogados en el colectivo

La vigilancia con fines políticos se ha filtrado en la vida del ciudadano contemporáneo de un modo que sorprendería a George Orwell. Sabemos que una suerte de *Gran Hermano* con esteroides utiliza la tecnología, capaz de hacer nuestras vidas más cómodas y placenteras, para ejecutar, sin consentimiento, investigaciones de nuestra cotidianidad (Hong, 2017).

¹ Fecha de entrega, junio 2017. Fecha de aprobación, julio 2017.

² Psicólogo clínico y psicoterapeuta venezolano. Con el texto *Fundamentos psicológicos y simbólicos para la integración latinoamericana*, ganó el premio internacional de ensayo "Latinoamérica y debate" 2016, de la UNAULA.

Podemos apreciar la metáfora de lo que este atropello representa con una escena prestada del filme *The Dreamers* de Bernardo Bertolucci (Thomas, 2003); en la que tres jóvenes, en pleno mayo francés de 1968, ven interrumpido su sueño por una piedra que asalta la sala rompiendo un cristal. Ante la pregunta de uno de ellos acerca del revuelo, la protagonista responde elocuente: “*la calle entró por la ventana*”. Es una acertada imagen que transmite la embestida que lo colectivo ejecuta al reino personal.

Comparemos la imagen de Bertolucci con otra del escritor austriaco Stephan Zweig en su autobiografía, describiendo la vida de los europeos antes de la Primera Guerra Mundial: “Vivieron en el mismo país, en la misma ciudad, incluso, casi siempre, en la misma casa; todo lo que pasaba en el mundo exterior ocurría, en realidad, en los periódicos: nunca llamaba a su puerta” (Zweig, 2012, p. 3).

Lo que al principio del siglo XX era incapaz de tocar a la puerta de nuestra casa familiar, irrumpe violentamente por la ventana poco después y, hoy en día, afecta a sectores desconocidos de nuestros propios movimientos. La amenaza se cierne sobre la vida individual, en cierto sentido, sobre la propia existencia de lo íntimo, como si el concepto mismo de lo personal tuviera una deuda pendiente de legitimidad.

Latinoamérica en este mundo

Las realidades nacionales específicas son muy complejas y resumirlas es siempre injusto y reductivo, sin embargo, la apreciación del panorama general es válida, inevitable y, ocasionalmente, angustiante. Hagamos una breve biopsia: México enfrenta la persistente violencia de los carteles del narcotráfico y los nuevos desafíos diplomáticos que plantea su vecino del norte. Brasil se encuentra en constante crisis política, empantanada en escándalos de corrupción que afectan a una gigante porción de sectores gubernamentales y de oposición. Colombia se debate entre la polarización y el entendimiento, mientras elementos tradicionalmente violentos juegan a la paz y a la legalización de sus organizaciones. Argentina asiste a su desarrollo bloqueado por viejas dia-

tribas políticas, principalmente de talante económico. Venezuela parece asomarse al abismo de la guerra civil, paralizándonos ante la posibilidad de transformarse en una Siria latinoamericana. En casi todos los países de nuestra región se han develado titánicos escándalos de corrupción que implican a funcionarios de diversas tendencias, y sabemos que es una pequeña porción de las malversaciones que suceden, de las que no tendremos ninguna noticia.

La vulnerabilidad del latinoamericano ante esta nueva versión de totalitarismo, que ahora puede ser sutil pero que cuenta con mayor capacidad y mejores recursos tecnológicos, se fundamenta en la juventud de nuestra historia y en una tendencia a dejarnos seducir por cierto género de paternalismo. Dicha cualidad, desde nuestros más tiernos orígenes históricos y familiares, nos asegura que alguien *más* debe solucionar el problema, cada problema, todos los problemas, dejando el camino abonado a seducciones burocráticas.

Nuestras heridas colectivas inician, como tan vehementemente nos demostraron desde el colegio, con el descubrimiento, la colonia y las guerras independentistas, pero no contamos con el espacio para perderlos en ellas en esta ocasión³.

Resulta absurdo imaginar una existencia colectiva, acaso humana, sin la presencia de diatribas importantes. No tiene sentido enfatizar dramáticamente que hubo y que hay conflictos en Latinoamérica, pues la vida es eso. Pero sí podemos dialogar con nuestra identidad que indudablemente se ha nutrido, para bien o para mal, de la cualidad de esos conflictos, de su naturaleza, características, esencia y, sobretudo, de su sentido.

Nos aventuramos a señalar que buena parte de las complicaciones más relevantes en la actualidad latinoamericana, que puede ser una muestra de las del planeta, se sustentan en pugnas políticas alimentadas, a su vez, por diferencias ideológicas.

³ Las hemos revisado en un trabajo previo (Morales, 2015).

Por encima de diatribas raciales, religiosas, territoriales e incluso nacionales, parece orbitar constantemente el influjo de un color político proponiendo una línea partidista, con algún nivel de influencia en la vida de los ciudadanos. No queremos ni podemos hacer una jerarquía de la *verdadera* relevancia de las fuerzas humanas que acabamos de enumerar, enjambre tradicional de disputas de tono elevado. Pues raza, religión, tierra y nación son símbolos de gran significado para nosotros, pero ellos terminan haciendo cabildeo en los pasillos de las oficinas gubernamentales para conseguir cuotas de poder.

Tampoco es necesario especular tal jerarquía. Nos interesa, sobre todo, ilustrar lo arrinconado que está el individuo frente al discurso y las necesidades colectivas –también desde el punto de vista moral–, y cómo este acorralamiento incide en la construcción de soluciones que suelen también elaborarse desde lo colectivo: ideologías, políticas y partidos, razón por la cual creemos que no damos con respuestas más adecuadas.

Hay que tener en cuenta que el hombre moderno está tomado por ideologías religiosas o políticas y por utopías científicas, con las cuales pierde su individualidad. Hoy día es difícil encontrar una persona que hable como individuo. El colectivo es tan fuerte e inconsciente, y aparece de una manera tan brutal a través de ideologías, que al hombre actual se le hace imposible ver con sus propios ojos la realidad que tiene enfrente y sólo la ve a través de ideologías. Y eso empobrece notablemente el alma humana (Capriles, 2008, p. 11).

Reconciliación

El norte al que desearíamos acercarnos es la reconciliación. Se trata de trascender la disputa, pero el camino no está suficientemente establecido, demarcado o institucionalizado. Posiblemente, se trata de una de esas dificultades fundamentales que se modifican y adaptan una vez que hemos conseguido una solución. Como la paradoja de intentar saltar sobre la propia sombra, esta se mueve con nuestro salto.

Una pregunta relevante es: ¿cómo nos encarrilamos en la dirección del respeto a los representantes de la posición opuesta a la nuestra y, en la medida de lo posible, de la comunicación abierta con “ellos”?

Conocemos la posibilidad de postular una opción ingenua —o que parece serlo— que sugiere forzar perdonarlo todo y a todos. Como el mandato paterno que obliga a los hermanos que han peleado a abrazarse inmediatamente después de la trifulca; vía que, mejor, aplasta el conflicto por medio de la imposición de una fuerza mayor a las dos en tensión, es decir, una solución por poder. Existen otras propuestas, atentas, respetuosas, a veces celosas con la noción de responsabilidad individual, que no facilitan hacerse de la vista gorda con crímenes y excesos para acceder, antes de tiempo⁴, a la reconciliación y estabilidad que anhelamos.

Podemos asegurar que la gran mayoría honestamente queremos paz y reconciliación. El debate debe enfocarse en la búsqueda de las mejores vías para acercarnos a tal norte, ponderando la indeseable posibilidad de que estas generen nuevas complicaciones, tensiones o heridas.

La pregunta puede profundizarse aún más: ¿qué origina la reconciliación?

En primer lugar, debemos entender que la reconciliación es un fenómeno personal, y aquí nos adentramos en las peculiaridades de la experiencia que acompaña a ese término. Queremos hacerlo desde el polo opuesto al colectivo. El clima social, político, económico, los anuncios de televisión e Internet, las noticias y debates públicos pueden enfatizar la conveniencia de la tolerancia y el entendimiento; con ello, como mucho, promueven una actitud consciente general a favor de esa dirección, veremos en lo sucesivo lo importante e insuficiente de esa actitud ya que, con demasiada frecuencia, lograrán que las opiniones cercanas a lo “aceptado” sean expuestas, mientras que las contrarias se mantengan en silencio, pero sin desaparecer, cambiar o reflexionar.

⁴ En torno a la figura “antes de tiempo” es natural que crezca cierta desconfianza, pues estos procesos no pueden enmarcarse en límites preestablecidos, es a eso precisamente a lo que nos referimos. El riesgo es apresurar o retardar su curso natural, pues al hacerlo lo desfiguramos y dificultamos acercarnos a donde deseábamos.

La intimidad puede ser influenciada por eventos externos –nos lo demuestra la *calle entrando por la ventana*–, pero no puede ser determinada. En la misma línea, el perdón honesto es uno de los fenómenos más íntimos y personales que existen, nadie puede obligar el perdón de otro, se trata de que sea el adolorido o la víctima quien se acerque a esa necesaria indulgencia. Se requieren, entonces, dos elementos también individuales, el primero es una actitud abierta hacia la posibilidad del perdón, es decir, una postura consciente que lo promueva, facilite o al menos permita. Ocasionalmente esta opción está cerrada, con lo que se arriesga toda posibilidad de acercamiento. Si la actitud consciente no es afín, el proceso puede manipularse o sabotearse desde el propio protagonista, y se hace usualmente sobre la base de un dolor recordado con demasiada frescura, un rencor que no se mueve y que pareciera argumentar “*esto ya lo he vivido, ¿por qué permitiría que suceda de nuevo bajando la guardia?*”.

La segunda condición para el perdón es aún más compleja, porque no depende de la actitud consciente o la decisión voluntaria del protagonista. Más acertadamente podríamos hablar del misterio o enigma del perdón. Para ensayar una caracterización, podemos hablar de una suerte de comprensión que incluye tranquilidad y honestidad emocional; además, considera que lo sucedido, las heridas que hemos sufrido no fueron justas ni correctas, pero de algún modo configuran nuestra existencia, forma de ser, y es posible que buena parte de las cosas que agradecemos hoy tengan alguna relación con ellas. Esto no nos hace validar acciones que juzgamos abominables, pero sí dar apertura a la posibilidad de escuchar y participar de la versión alternativa, para así comprender el sufrimiento ajeno y su rol en la historia colectiva y en la nuestra personal.

Ahora bien, no hay manera de hacer esto cuando la comunicación –o el encuentro, la *comuni3n*– se ve atravesada por intereses partidistas, porque empezamos a lidiar con un utilitarismo vacío, hábil para disponer de cualquier sentimiento que lleve a enfilear una cruzada en la direcci3n requerida por “el partido”.

Hay cosas que no son perdonables, que son de tales características que destruyen la posibilidad de plantearse la disculpa. Nadie es “bueno”

todo el tiempo, pero el proceso de perdón se ve naturalmente entorpecido con quien estaría dispuesto a lastimarnos de nuevo.

¿Qué sucede entonces si el otro entiende que eso, el malo, el villano o el peligroso, soy yo? Poco. Sin embargo, podemos no descansar en nuestro afán de explicarles nuestra disposición al diálogo y al entendimiento pacífico; nunca permitiendo que, sobre la base del diálogo, se ejecuten nuevas monstruosidades, porque estaríamos mancillando la herramienta más sagrada de acercamiento, comprensión y encuentro de la que disponemos.

Hemos esperado demasiado tiempo que *algún otro* resuelva los problemas, abandonando nuestras verdaderas posibilidades. Podemos seguir cayendo en la trampa burocrática de delegar decisiones importantes por pereza, desconocimiento o apatía, o podemos intentar entendernos para no caer en la trampa partidista de quienes nos venden la idea de apagar el fuego, mientras se benefician de acrecentarlo.

Referencias bibliográficas

- Hong, S. (2017). Criticising Surveillance and Surveillance Critique: Why privacy and humanism are necessary but insufficient. *Surveillance & Society*. Recuperado de <https://ojs.library.queensu.ca/index.php/surveillance-and-society/>.
- Jung, C. G. (2001). *Sobre lo inconsciente*. En Civilización en transición, Obra completa, volumen 10, Madrid, España: Trotta.
- Capriles, A. (2008). Movimientos posjunguianos. Conversaciones con Rafael López-Pedraza. México D.F., México: Fata morgana. Recuperado de <http://www.fatamorgana.com.mx/FMimagenes/TemaDelMes/Entrevista-Lopez-Pedraza.pdf>.
- Morales, A. (2015). *El Reencuentro con Minotauro y su liberación*. Caracas, Venezuela: CEDICE. Recuperado de cedice.org.ve/wp-content/uploads/2015/02/EL-REECUENTRO-CON-MINOTAURO-Y-SU-LIBERACIÓN.pdf.
- Orwell, G. (1980). *1984*. Barcelona, España: Salvat.

Asier Morales Rasquin

Thomas, J. (2003). *The Dreamers*. London, UK: Recorded Picture Company.

Zweig, S. (2012). *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. Barcelona, España: Acantilado.



Humberto Pérez Tobón
Ensayo para un Teatro Leve, s. f.
Óleo sobre papel Canson
Tamaño: 35 x 50 cm
Fotografía: Carlos Tobón